

DON MANUEL BLANCO ENCALADA

Un bosquejo de su vida.

Coincidencias con Don Bernardo O'Higgins Riquelme*

Luis E. Boutin
(Pseudónimo)

Ocupar esta tribuna es un doble honor y una gran responsabilidad para quien les habla.

Un doble honor porque, ocupando las mismas palabras que utilizara Don Ambrosio Valdés al introducir la excelente nota biográfica del Señor Almirante Don Manuel Blanco Encalada, y que fuera publicada en el diario La Nación en 1890, "narrar la vida de un héroe, dar a conocer sus virtudes, es una digna tarea que hace honor al que la emprende y que llena de justa satisfacción". Ese ya inmerecido honor, se ve aumentado al tener la oportunidad de exponer este trabajo ante tan selecta audiencia.

Y es una gran responsabilidad, pues consciente del alto nivel académico de tan selecta audiencia, no me queda más que reconocer ante ustedes, con la honestidad que se merecen, que mi trabajo no pretende dar cuenta de una investigación novedosa, sino que, basado en lo que con anterioridad han escrito historiadores de renombre como Vicuña Mackena, Juan Agustín Rodríguez, Luis Uribe Orrego, Luis Palma Zúñiga, y por qué no nombrarlo, mi profesor Don Jaime Etchepare, entre otros, intentar revivir ante ustedes, y a modo de resumen, algunos de los puntos de coincidencia en las vidas de Don Manuel Blanco Encalada y Don Bernardo O'Higgins Riquelme.

Los agitados años con que se inicia el Siglo XIX, permitieron que los caminos de hombres soberbios se cruzaran dando vida así al fuerte entramado de la tela en la que ellos mismos pintarían los primeros trazos de nuestra historia libertaria. Ese es el caso de los ilustres hombres que hoy nos ocupan.

Don Manuel Blanco Encalada nació en la ciudad de Nuestra Señora de los Buenos Aires, el 21 de abril de 1790 y como cuarto y último hijo, en el seno de la familia formada por el entonces oidor Don Lorenzo Blanco Cicerón y Doña María Mercedes Calvo, ambos pertenecientes a señaladas familias de la época en la península ibérica y en las tierras de la nueva España.

Huérfano de padre a los siete meses de edad, aprendería a amar a su madre en una forma entrañable, amor del cual dan fe las innumerables cartas que quedaron para la historia. A los doce años de edad, sigue los pasos del mayor de sus hermanos, Ventura, e inicia su educación en España en compañía de los hijos de la principal aristocracia ibérica de aquel entonces. Emocionado escribe a Doña María Mercedes con las tiernas palabras de un niño de tan corta edad, enviándole copia del certificado de matrícula en el Seminario de Nobles de Madrid: "Amada mamita de todo encanto de su hijo: no tengo más que decir a usted, sino que ahí va la copia de la gracia que me ha hecho el Rey".¹

Tres años permanece en el seminario, atrayendo las simpatías y respeto de sus compañeros y maestros, y cruza su vida con hombres que más tarde figurarán en la política, la vida militar, las artes y las ciencias. Adquiere una sólida cultura y se distingue en las matemáticas, adquiriendo dominio en "geometría analítica, cálculo infinitesimal, mecánica y probabilidades",² ciencias que aplicará más tarde con acierto en su carrera naval.

Pero el destino tiene ya para Manuel, una derrota trazada sobre las azules aguas de los anchos océanos.

Ingresa a la Escuela de Marina en la Isla de León y se matricula el 27 de febrero de 1807 en la Compañía de Guardiamarinas, con la que se incorpora a la Escuadra española. Europa está en guerra. Estalla ésta entre España y Francia y, a bordo de la fragata *Carmen*, el joven guardiamarina recibe su bautismo de fuego. Frente a cinco navíos franceses, él y sus compañeros deben proteger, en Cádiz, la *Puerta de Sevilla* y el arsenal de Carraca. A bordo maneja un mortero: "su arrojo, serenidad y audacia ante el enemigo, como la exactitud de las graduaciones de su pieza de artillería, le granjean un merecido ascenso: Alférez de Fragata - rango que obtiene a los 18 años de edad".³

Un año más tarde el joven marino emprendería su regreso a América y, a bordo de la fragata *Flora*, el 1 de septiembre de 1808 zarpa de Cádiz rumbo a Buenos Aires, para posteriormente pasar a Callao destinado al apostadero de ese puerto. Tres años sirve en dicho puesto bajo las órdenes de uno de sus primos, don Joaquín Molina.⁴

En Chile como en el resto de América, suceden acontecimientos políticos que causan inquietud. El viento de la libertad, que como una leve brisa apenas, vieran aparecer en sus corazones algunos preclaros hombres que amaban esta tierra, poco a poco comenzaba a convertirse en un tornado que arrastraría voluntades y que en definitiva, cambiaría el mapa político del mundo de entonces y para siempre.

El tío de Manuel, Don Matías Calvo de Encalada, es uno de aquellos que se ven envueltos en este torbellino -y como lo señala Luis Palma Zúñiga- "es un revolucionario que desempeña, en honor a la verdad, sin quererlo ni pretenderlo, la presidencia del Congreso y de las Juntas Gubernativas".⁵ Éste mantiene al tanto a su sobrino de los acontecimientos y lo anima a seguir la "santa causa de la paz", como se lee en sus cartas, idea que Blanco Encalada suscribe sinceramente.

Con la maestría que se reconoce en la pluma de Vicuña Mackenna, se pueden conocer los sentimientos del novel Alférez de Fragata: "a pesar de haber nacido noble y aristócrata, había nacido también criollo, es decir, con el virus de la democracia activa y poderosa que ha cubierto de repúblicas el suelo americano... Blanco fue siempre aristócrata de maneras, de fisonomía, de traje, de todas las exterioridades que forman el concepto vulgar del hombre. Pero en el fondo, en su naturaleza, amaba la república por convencimiento, como había amado la independencia por instinto".⁶

El incipiente americanismo del joven es advertido por Don José Fernando Abascal, al saberse en Lima su nombramiento como Capitán de Artillería otorgado por el Gobierno de Chile, sin que Manuel tuviera parte en ello, y el sagaz virrey lo regresa a España. Será esta la última oportunidad en que su pericia marinera, arrojo y valor, se vieran comprometidos al servicio del Rey de España en acto de guerra. Al mando de una cañonera, rompe el bloqueo que los franceses imponen sobre Cádiz y más honores le son conferidos.

Regresa a América en 1812 como Oficial de la fragata *La Paloma*, arribando a Montevideo desde donde se debería prestar apoyo al régimen ibérico en Buenos Aires, amenazado por los patriotas bonaerenses. Se sospecha de sus ideas y se le ordena atacar las baterías que defienden la ciudad, y en dos oportunidades rehusa con dignidad.⁷ Es que esa ciudad acoge a su madre y sus queridas hermanas: Carmen Ana y Carmen Rafaela.

La sospecha ayer infundada, es hoy certeza y le es ordenado regresar a la península. Don Manuel entonces, superando los prejuicios políticos y sacrificando así una carrera brillante de la cual a su corta edad ya había dado prueba, los honores que eso conlleva, su fortuna y todo lo que se puede ambicionar en la vida, rompe definitivamente los lazos que lo unían a España y resuelve abrazar la "santa causa de la libertad" de América en la que lo iniciara su tío Don Martín Calvo y resuelve huir de Montevideo y unirse al Ejército del Plata.⁸

De allí viaja a Santiago donde llega en marzo de 1813 y el Alférez de Fragata recibe sus despachos de Capitán de Artillería del Ejército de Chile, vinculándose así definitivamente en la gesta emancipadora. Enfrenta su primera gran tarea y organiza la artillería la que -en sus propias

palabras- "se hallaba en un atraso inmenso: tuve que ocuparme de montarla de un modo moderno, delinear y fundir un obús y granadas...".⁹

En agosto de ese año asciende al grado de Sargento Mayor de Artillería. San Agustín de Talca, la primera sorpresa de Cancha Rayada y el desastre de Rancagua lo acompañan hasta que cae prisionero de los españoles. Es la muerte de la Patria Vieja. Mariano Osorio lo degrada públicamente y lo condena a muerte pero, fortuna que persigue a los que han sido elegidos para brillar y dar luz a su pueblo, el secretario y el edecán de Osorio son sus antiguos camaradas de Madrid y Sevilla. Sus buenos oficios interceden por su vida y la pena es entonces el destierro a Juan Fernández junto a un grupo de patriotas.¹⁰ Es el menor de los 78 desterrados y en los casi dos años y medio que dura su reclusión, su mayor preocupación fue el cuidado de su tío Martín Calvo ya de avanzada edad.

El viento de la libertad desatado ya no es posible aplacarlo. Los acontecimientos se precipitan y los realistas son derrotados en la batalla de Chacabuco.

El lazo que une los destinos de Blanco y O'Higgins da otra vuelta. Don Bernardo, que en un principio dispusiera que el bergantín de comercio español *Águila*, capturado días después del éxito de Chacabuco por los patriotas de Valparaíso se armara en corso para perseguir a las naves realistas, revoca su orden estimando más urgente repatriar los chilenos confinados en Juan Fernández. El *Águila* zarpa al rescate el 17 de marzo y catorce días después, enarbolando en el trinquete la bandera de la patria vieja de colores azul, blanco y amarillo,¹¹ desembarca su preciosa carga en Valparaíso: los 78 expatriados, entre ellos Don Manuel, son recibidos calurosamente.

Don Juan Agustín Rodríguez nos recuerda en su libro "La vida militar del Capitán General Bernardo O'Higgins" que el bergantín *Águila*, que efectuó sin dificultades la comisión a Juan Fernández, fue el primer buque de guerra de Chile,¹² permitiéndonos con este recuerdo señalar una idea central que debe ser destacada en este trabajo. La formación de un Poder Naval estuvo siempre presente en la mente y corazón del Padre de la Patria.

En agosto de 1816 éste escribía a su amigo Hipólito Villegas: "La expedición a Chile no admite ya dudas; sólo conviene mover todos los resortes para asegurar el éxito. Cuatro buques bien dotados son de primera necesidad y responderán seguramente a los gastos que se emprendan en ello".¹³ Esta opinión, unida a las palabras por él pronunciadas después de Chacabuco -"este triunfo y cien más serán insuficientes si no dominamos el mar-"¹⁴ ayudan a comprender el firme concepto de estrategia marítima que tenía el prócer. Designado Director Supremo en 1817, inició de inmediato su notable obra naval.

Y la obra fue ardua, mantenida en el tiempo con entusiasmo y con la perseverancia que sólo los convencidos de las bondades del proyecto emprendido pueden poner en sus actos, secundado por su Ministro de Guerra Don José Ignacio Zenteno, a quien nombró como tal y con el grado de Teniente Coronel, por su notable patriotismo y eficiente labor como secretario del Comandante en Jefe del Ejército de los Andes.¹⁵

Así, en mayo de 1817, despachaba en representación del Gobierno de Chile, a Don Hermenegildo Aguirre a los Estados Unidos para que se construyeran dos fragatas de 34 cañones, y al Mayor de Ingenieros Don José Antonio Alvarez Condarco a Inglaterra con la misión de adquirir buques armados en guerra. Junto a lo anterior, mandó a construir lanchas cañoneras en Nueva Bilbao, hoy Constitución.¹⁶

El 3 de diciembre de 1817 es aprobado el Reglamento Provisorio de Marina, en el que se establecían los grados de la planta y sus equivalencias con los del ejército; las escalas de sueldos y las gratificaciones. De igual forma quedaron en vigencia las Ordenanzas Navales españolas, que por más de un siglo fueron la base orgánica de la institución naval.¹⁷ Eran los primeros pasos para consolidar el poder naval soñado por Don Bernardo.

El triunfo de Maipú, que fue decisivo para las armas de la Patria y de gran trascendencia para la consolidación de la libertad de América, permitió a O'Higgins acelerar la formación del

poder naval del país, con el convencimiento que la libertad de Chile no podía realizarse sin el dominio del mar.

Después de su regreso de Juan Fernández, Don Manuel Blanco Encalada se reincorpora al ejército con el grado de Sargento Mayor de Artillería y le corresponde la organización de una batería de campaña.¹⁸

Debido a sus méritos en Cancha Rayada, donde contribuyó con arrojo a salvar la artillería de la División mandada por el Coronel Gregorio Las Heras,¹⁹ y también en Maipú, y reconociendo sus aptitudes militares y navales, el entonces Teniente Coronel de Artillería es nombrado, a los 28 años de edad, como Comandante Interino del Departamento de Marina, con el Grado de Capitán de Primera Clase, el 26 de junio de 1818.²⁰

Posesionado de su cargo, comenzó a preparar, con gran actividad y sin descanso, las fuerzas navales; propuso al Gobierno nuevas denominaciones en los grados de oficiales, un reglamento de uniformes y la creación de una academia para formar a los oficiales.²¹ El 4 de agosto, Blanco Encalada conseguía la firma del trascendental decreto que crea la primera escuela para oficiales de la Armada. La introducción de aquel decreto es -como lo señala Juan Agustín Rodríguez- una pieza histórica que refleja el espíritu de los gobernantes, sus patrióticos objetivos y su visión estratégica. Recordémoslo: "Considerando cuan importante es para hacer cada día más impenetrable el baluarte de la libertad de América, el fomentar una marina hasta ponerla en un pie brillante que asegure las defensas de las costas del Estado de Chile, contra las tentativas de nuestros enemigos y atendiendo a la necesidad que haya un plantel de Oficiales de Marina, cuya instrucción los haga capaces de conducir las operaciones marítimas, he venido en decretar lo siguiente: Art. 1° Será creada en el Departamento de Valparaíso una Academia de Jóvenes Guardiamarinas".²² El articulado sigue, encomendándole a Blanco Encalada la tarea de presentar el proyecto de creación, su dotación y los elementos materiales que habrían de dar forma a dicha escuela matriz.

El 17 de septiembre de ese año, Blanco Encalada, con su nuevo grado de Capitán de Navío, asume el mando de la Primera Escuadra Nacional, embarcándose en el buque insignia: un navío, el *San Martín*; una fragata, la *Lautaro*; una corbeta, la *Chacabuco* y dos bergantines, el *Araucano* y el *Pueyrredón*; componen la incipiente flota que porta en total 158 cañones y una tripulación de 1249 hombres.²³

Blanco Encalada oficia a O'Higgins: "la Escuadra est* lista. Socorrida de todo, aparejada, envergada, con agua para 6 meses... Su fuerza es tal que puede hacerse dueña del Pacífico y frustrar toda expedición ulterior de España. Puede tomarse a Talcahuano, destruir el Callao y dar golpes tan importantes que admiren a Europa y aseguren la libertad de la América".²⁴

La creación de esta Escuadra, la primera que Chile lanzara al mar en defensa de sus más caros y sagrados derechos, es sin duda uno de los episodios más culminantes y de mayor brillo en la historia de nuestra independencia patria. Semejante obra, en una época como aquella, de extremo atraso y pobreza, nos permite apreciar con exactitud la verdadera medida del acendrado patriotismo y de la inquebrantable energía que sólo podían desplegar hombres como O'Higgins, Zenteno y Blanco Encalada.²⁵

O'Higgins premió el celo demostrado por Blanco en la organización y apresto de la Escuadra, nombrándolo Suboficial de la Legión al Mérito de Chile.²⁶

El 10 de octubre de 1818 Valparaíso despierta agitado con una inusual noticia. La incipiente Escuadra se haría a la mar. Hay curiosidad. Unos temen por el éxito, otros presagian sublevación, algunos profetizan un descalabro al primer temporal, otros, por último, la consideran una descabellada aventura. Pocos abrigan esperanza y sólo algunos confían en un triunfo.²⁷

O'Higgins con su visión marítima está entre estos últimos. A bordo del navío insignia dirige a las tripulaciones esta proclama antes del zarpe a Talcahuano en busca del enemigo que se concentra en Talcahuano vía marítima: "Al dirigirme a los jefes, oficiales y tropa a cuyo valor y patriotismo confía el Estado de Chile la primera Escuadra de hombres libres, que cruce sus mares para repeler las agresiones de la tiranía, percibe mi corazón las más felices emociones en el

presentimiento del magnífico cuadro que vais a presentar al mundo. Vuestro amor a la gloria no necesita ser estimulado con los recuerdos de los triunfos adquiridos tantas veces en tierra por vuestros ejércitos. Preparaos pues a afianzar el imperio del Pacífico al que es llamado Chile por su situación geográfica y por el valor y heroísmo patriótico de sus hijos: ellos os colmarán de bendiciones a vuestro regreso, y el tributo que recibiréis de la gratitud nacional, igualará al que de antemano os ofrece. Vuestro compatriota Bernardo O'Higgins".²⁸

Cercano al medio día, cuatro de los cinco buques se hacen a la mar. El *Pueyrredón* se queda en el puerto. O'Higgins, remontando los cerros de Valparaíso en demanda de Santiago y con el compromiso de honor de Blanco Encalada de rendir la espada del jefe de la expedición española, ve alejarse hacia el sur los buques de la Escuadra. Su voz suena entonces profética: "Cuatro barquichuelos dieron a los reyes de España la posesión del nuevo mundo: estos cuatro van a quitársela".²⁹

No relataremos la operación. El éxito corona el primer ensayo de la marina de guerra del novel estado y Blanco Encalada cumple su palabra empeñada con el Padre de la Patria.³⁰ El 17 de noviembre, arribado de regreso a Valparaíso, oficia a O'Higgins: "Con mi Ayudante de Ordenes remito a Vuestra Excelencia el sombrero y la espada que se me dijo ser del comandante de la María Isabel, felicitándome de haber podido cumplir a Vuestra Excelencia mi palabra...".³¹

El 2 de diciembre el gobierno le otorga a Blanco y sus hombres, como reza el decreto que lo concede "el más alto honor que es dado conceder a un país republicano", y decreta que todos los oficiales de guerra porten un escudo de paño verde mar en el brazo izquierdo, con un tridente orlado en laureles con el lema "Su primer ensayo dio a Chile el dominio del Pacífico".³²

Un excelente epílogo para dos destinos que se cruzan. La visión estratégica de O'Higgins hecha realidad con eficiencia y eficacia por Blanco Encalada.

La actividad de Don Manuel en pro de la patria que nacía no cesó después de que entregara, en un grandioso gesto que sólo hombres de su estatura pueden realizar, la Comandancia en Jefe de la Escuadra al Almirante Thomas Cochrane. Su bitácora está llena de anotaciones que lo ponen en la primera línea de la acción y en todas ellas se adivina la grandeza de su convicción en un Chile libre y próspero.

Presidente de la República, Intendente de Valparaíso, Ministro plenipotenciario de Chile en Francia, son algunos de los muchos cargos que ostentó Don Manuel en su larga vida.

Pero, en honor a la verdad, no podemos dejar de mencionar aquí, que la rivalidad y la violencia dominaron los primeros años del Chile republicano, y Blanco sufrió duramente sus efectos. Otra vez, en esta oportunidad leyendo el epistolario de O'Higgins, podemos encontrar coincidencia entre los dos grandes hombres y apreciar la injusticia con que algunos de sus contemporáneos lo juzgaron.³³

Don Bernardo es duro en sus últimos años al referirse a su antiguo Almirante y compañero en los campos de batalla y los historiadores no han podido establecer si las amargas críticas del Prócer fueron del conocimiento de Blanco o si éste sabiéndolas, las perdonó; pero el hecho es que no hizo jamás caudal de ellos y reanudó su correspondencia con su antiguo camarada. Melancólica ironía del destino: la respuesta a su carta fue la última, desde su exilio en Perú, que salió de manos del Libertador.³⁴

Esta magnífica oportunidad que ustedes me han brindado, quiero de alguna manera agradecerla, dejando que mi voz recite para ustedes las palabras que plasmaron esos últimos sentimientos del Prócer al amigo de una vida:

"Señor General Don Manuel Blanco Encalada, Callao octubre 3 de 1842.

Mi estimado General y distinguido amigo: deseaba como la salud acercarme a Ud. y la Providencia me presentó a nuestro común amigo, su digno cuñado el Señor Armstrong, que fuese el primero en ir a usted y transmitirle a mi nombre, sin dobleces de palabras, la manifestación de la

verdad de mis sinceros sentimientos, respecto a nuestra antigua amistad -porque confiaba y no dudaba un solo punto de los nobles sentimientos con que me honra su favorecida del 24 de agosto último que contesto lleno de júbilo- esa carta queda escrita en mi corazón para que sea reconocida de todos los amigos de usted y los míos. El estado de la enfermedad en que me encuentro al presente no me permite hacer uso alguno de la pluma, y la he tomado solamente para saludarlo y decirle, que el Señor Armstrong dador de esta carta y a cuya amistad debió mi salud tanto alivio en su anterior viaje, como no lo dudo al presente, explicará a usted cuanto deseo saber y finalmente que ansío por estrecharlo en mis brazos. Su antiguo amigo y compañero, Bernardo O'Higgins".³⁵

21 días más tarde el Capitán General dejaba de existir.

Pero las coincidencias que me proponía recordar para ustedes en esta noche, y escritas con anterioridad por historiadores de renombre, no terminan aquí. Quiso el destino que el Gobierno de Chile designara al casi ya octogenario vicealmirante para que izara por última vez su insignia a bordo de los buques de la Escuadra que deberían repatriar los restos del Padre de la Patria.

El 9 de diciembre de 1868 zarpa de Valparaíso la escuadrilla compuesta por las corbetas *O'Higgins*, *Chacabuco* y *Esmeralda* al mando de Blanco Encalada y el 17 fondean en el puerto de Callao.³⁶

Dejemos que la prensa que vio las calles ese día, nos ilustre respecto a la recalada:

"... ayer a las 06:30 de la tarde fondearon en Callao en procedencia de Valparaíso, las corbetas chilenas... trayendo la comisión nombrada por el Gobierno de Chile para trasladar los restos del Capitán General O'Higgins.

La comisión viene presidida por el benemérito vicealmirante Blanco Encalada, una de las pocas figuras ilustres que nos quedan de la primera época de la independencia.

A él, más que a ningún otro le tocaba la misión de volver al suelo nativo los restos mortales de uno de los más sobresalientes héroes de nuestra emancipación.

Las manifestaciones que el Almirante Blanco ha recibido al pisar de nuevo nuestras playas, son la fiel expresión del acatamiento debido a su nombre y a sus antecedentes.

Los buques de guerra tanto nacionales como extranjeros han saludado su insignia y todos los jefes se han apresurado en ir a darle personalmente la bienvenida".³⁷

La tarde del 29 de diciembre, en el Callao, el ataúd con los restos de O'Higgins, a bordo de una falúa en su trayecto al buque insignia, recibe los honores militares de los fuertes y de las tripulaciones de los buques de guerra chilenos, peruanos, ingleses y estadounidenses, distribuidas en las vergas del velamen.

A bordo de la nave insignia, ya en territorio chileno, los restos del Prócer en un catafalco son rodeados por una guardia militar y Blanco ordena izar en el palo mayor de la nave capitana la insignia de Jefe de Estado en homenaje al héroe de la nación.

El 13 de enero de 1869 son sepultados los restos de O'Higgins en el Cementerio General de Santiago y Blanco Encalada es uno de los oradores que despide los restos de su amigo:

"La política, esa política sin entrañas, revolcada en las pasiones y ambición personal, cerró a O'Higgins las puertas de su adorada patria y hasta el natural deseo de morir en su seno, dejándole agotar el amargo cáliz que debía terminar con su preciosa vida.

Han pasado 26 años hasta el glorioso día en que Chile a la vista de sus cenizas presenta al mundo el generoso espectáculo de un pueblo que borra la ingratitud y el olvido con entusiastas aclamaciones a los inmensos servicios que su más célebre capitán le hiciera.

Y yo, qué os diré sagradas reliquias del jefe, compañero y amigo! Si desde la alta mansión te es dado ver mi corazón, encontrarás en él grabadas las más profundas impresiones de gratitud a ti, que pusiste en mis jóvenes manos la primera Escuadra y me colocaste en el glorioso camino de servir a mi patria de un modo tal como siempre lo he deseado.

Faltaba como término de mi larga carrera, traer tus preciosos restos al seno del magnífico pueblo que entusiasta proclama su primer ciudadano.

Gracias doy al cielo por habérmelo concedido! Ellos van a ser depositados en este mausoleo que transmitirá a la posteridad los altos hechos del héroe y la gratitud de sus conciudadanos".³⁸

Es el 5 de septiembre de 1876 y a los 86 años, la vida se extingue en Don Manuel. El anciano contempla el reloj de la chimenea y exclama "a las dos de la tarde no hay nunca frío – levántenme quiero morir de pie". Erguido ya da su última orden "Vamos!", inclina la cabeza sobre el pecho y emprende su última singladura hacia el puerto de gloria que Dios reserva a los héroes. Pero el soldado y el marino no muere: se esfuma en la posteridad.³⁹

A modo de conclusión quisiera terminar estas palabras en las que he tratado de señalar coincidencias entre Blanco y O'Higgins, con lo que alguna vez anotara Gabriel Alomar, puesto que ella sintetiza la obra de ambos prohombres:

"En la historia, que es la gran obra maestra que va escribiendo día a día la humanidad entera en una colaboración espontánea, inconsciente y eterna, sólo algunas figuras resurgen con toda fuerza de una fisonomía material, imposible de confundir. Son ellas, las que, en una época de crisis social, han refundido los viejos elementos, han recapitulado las antiguas normas de vida para hacer y reconstruir un mundo a su propia imagen".⁴⁰

Muchas Gracias.

- * Trabajo presentado en Sesión del Instituto O'Higiniano de Chile, el 22 de mayo de 2001, con motivo de celebrar las Glorias Navales.
1. "Manuel Blanco Encalada", Palma Zúñiga, Luis, editado por Min. de Educación de Chile, 1964, p. 19.
 2. Ibid. p.21
 3. Ibid. p.21-22
 4. Ibid. p.22
 5. Ibid. p. 24
 6. "El Almirante don Manuel Blanco Encalada", Vicuña Mackenna, Benjamín, Ed. América, Madrid, p. 16.
 7. Ibid. p. 20
 8. Palma Zúñiga, Luis, Op. cit. p. 26-27
 9. Ibid. p. 28
 10. Vicuña Mackenna, Benjamín, Op. cit. p. 26
 11. "La vida militar del Capitán General Bernardo O'Higgins", Rodríguez, Juan Agustín, ed. Instituto Geográfico Militar, Santiago, 1969, p. 123. Existe aquí una discrepancia con Vicuña Mackenna quien señala en su obra ya citada, en p. 26, lo siguiente: "(refiriéndose a Blanco)... Tuvo, sin embargo, la suerte de ser para todos aquellos mártires el mensajero de la redención, porque fue él quien, como marino, descubrió desde un monte la bandera argentina, la bandera de Chacabuco, que en marzo de 1817 fue a redimirlos"
 12. Ibid., p. 124
 13. Ibid., p. 122
 14. Ibid., p. 123
 15. Ibid., p. 171
 16. Ibid., p. 125
 17. Ibid., p. 126
 18. "El Almirante Blanco Encalada", Etchepare Jensen, Jaime, Revista Libertador O'Higgins, año XVII/N°17, p. 196
 19. Vicuña Mackenna, Benjamín, Op. cit. p. 27
 20. Rodríguez, Juan Agustín, Op. cit. p. 174
 21. Ibid., p. 175-176
 22. "Nuestra Marina Militar", Uribe Orrego, Luis, Valparaíso, Talleres Tipográficos de la Armada, 1910, p. 103
 23. Juan Agustín Rodríguez señala en la p. 180 de su obra ya citada, un cuadro descriptivo de las 5 unidades que componen la Primera Escuadra Nacional; la suma de cañones y hombres es la cifra que se anota. Sin embargo, existe discrepancia con Luis Palma Zúñiga quien, en su obra ya citada y refiriéndose al zarpe de esta Escuadra, señala en p. 50, "... 147 cañones... 1109 hombres..." lo que no es coincidente si se restan los 16 cañones y 100 hombres del Pueyrredón que quedó en el puerto de Valparaíso.
 24. Palma Zúñiga, Luis, Op. cit. p. 48
 25. Uribe Orrego, Luis, Op. cit. p. 81-82
 26. Etchepare Jensen, Jaime, Op. cit. p. 197
 27. Palma Zúñiga, Luis, Op. cit. p. 49
 28. Etchepare Jensen, Jaime, Op. cit. p. 198
 29. No hay coincidencia entre los historiadores respecto a las palabras pronunciadas por el Prócer, no obstante el sentido es siempre el mismo. Vicuña Mackenna anota en la obra ya citada, al referirse a la frase comentada lo siguiente: "Pero Blanco había tenido una expresión no menos bella: Es preciso que la Marina de Chile señale la época de su nacimiento por la de su gloria".
 30. Palma Zúñiga, Luis, Op. cit. p. 55
 31. Ibid., p. 55

32. Ibid., p. 55
33. "Almirante Blanco Encalada. Su correspondencia", Ovalle Castillo, Darío, Imprenta "El Imparcial", Santiago, 1934, p. 11
34. Ibid., p. 12-13
35. Ibid., p. 69-70. En la reproducción que hace el libro, la carta tiene una nota final que dice: "Adición: Mi hermana Rosita encarga muy sinceras expresiones para Ud., y junto a ellas le suplicamos a Ud., se sirva darlas a mi señora doña Carmencita, su digna esposa C.P.B., como a toda su noble familia".
36. A bordo de la "O'Higgins", y con el grado de Teniente Segundo, prestaba sus servicios don Arturo Prat Chacón.
37. Palma Zúñiga, Luis, Op. cit. p. 141-142
38. Palma Zúñiga, Luis, Op. cit. p. 144-145
39. Palma Zúñiga, Luis, Op. cit. p. 146-147
40. Ovalle Castillo, Darío, Op. cit., p.8-9

BIBLIOGRAFÍA

- *"Nuestra Marina Militar - Su Organización y Campañas durante la Guerra de la Independencia"*, Luis Uribe Orrego, Talleres Tipográficos de la Armada, Valparaíso, 1910.
- *"La vida militar del Capitán General Bernardo O'Higgins"*, Juan Agustín Rodríguez, Instituto Geográfico Militar, Santiago, 1969.
- *"El Almirante Don Manuel Blanco Encalada - Correspondencia de Blanco Encalada y otros chilenos eminentes con el Libertador"*, Benjamín Vicuña Mackenna, Editorial América, Madrid. (sin año de edición).
- *"Manuel Blanco Encalada - Almirante de Chile"*, Luis Palma Zúñiga, Ministerio de Educación Pública Gobierno de Chile, 1964.
- *"Almirante Blanco Encalada - Su correspondencia"*, Darío Ovalle Castillo, Imprenta "El Imparcial", Santiago, 1934.
- *"El Almirante Manuel Blanco Encalada (1790-1876); su relación con el Libertador y su aporte al desarrollo institucional de Chile"*, Jaime Etchepare Jensen, Revista "Libertador O'Higgins" Año XVII, N° 17/2001.

* * *